

NECROPODER, VIOLENCIA Y MASCULINIDADES EN LAS BARRAS DEL FÚTBOL: UN ANÁLISIS SOBRE EL 5M EN EL ESTADIO CORREGIDORA DE QUERÉTARO

NECROPOWER, VIOLENCE, AND MASCULINITIES IN SOCCER ULTRAS: AN ANALYSIS OF THE MARCH 5 INCIDENT AT QUERÉTARO'S CORREGIDORA STADIUM.

Gabriel A. Corral Velázquez
Universidad Autónoma de Querétaro (México)

Recepción: 10 de septiembre de 2024
Aceptación: 15 de noviembre de 2024

Resumen

El artículo explora la relación entre las barras en el fútbol, la violencia y las construcciones de masculinidades hegemónicas, en el incidente del Estadio Corregidora de Querétaro el 5 de marzo de 2022. A través del concepto de necropoder, el análisis de carácter conceptual revela cómo el fútbol se convierte en un espacio donde la violencia tiene profundas implicaciones identitarias y sociales. Las barras, vistas como colectivos organizados, operan bajo códigos que refuerzan la agresividad y la exclusión, utilizan la violencia como un medio para validar formas específicas de masculinidad. Estas masculinidades, se imponen en

Corral-Velazquez, G.A. (Septiembre-Diciembre, 2024). "Necropoder, violencia y masculinidades en las barras del Fútbol: Un análisis sobre el 5M en el estadio Corregidora de Queretaro en Internacionales. Revista en Ciencias Sociales del Pacífico Mexicano, 7(16): 43-66

el contexto futbolístico a través de la dominación y el control. El incidente en Querétaro sirve como un caso para comprender cómo el necropoder se manifiesta en la vida cotidiana, y cómo el fútbol actúa como un escenario donde se perpetúan las dinámicas de exclusión y violencia.

PALABRAS CLAVE: *Necropolítica, violencia, masculinidad hegemónica, deporte*

Abstract

This paper explores the relationship between football supporter groups (barras), violence, and the constructions of hegemonic masculinities, with a particular focus on the incident at Estadio Corregidora (Querétaro, México) on March 5, 2022. Through the concept of necropower, this conceptual analysis reveals how football becomes a space where violence, has a deep identity and political implications. The supporter groups, seen as organized collectives, operate under codes that reinforce aggression and exclusion, using violence to validate specific forms of masculinity. These masculinities impose themselves within the football context through domination and control. The incident in Querétaro serves as a case to understand how necropower manifests in everyday life and how football functions as a stage where dynamics of exclusion and violence are perpetuated.

KEY WORDS: *Necropolitics, violence, hegemonic masculinity, sports*

Introducción

El suceso en el Estadio Corregidora de Querétaro el 5 de marzo de 2022¹, que involucró a las barras de los equipos de fútbol Querétaro y Atlas, no debe ser abordado exclusivamente como una disputa deportiva. Durante el partido, que se desarrollaba como parte del torneo clausura 2022 de la primera división de la liga mexicana de fútbol, aficionados de ambos equipos se involucraron en hechos que han sido señalados como los más violentos en un evento deportivo en México. Este hecho de violencia, de acuerdo con lo que se plantea en este texto, expone la creciente normalización de la violencia como un medio legítimo de resolución de conflictos en nuestra sociedad y, específicamente, como una manifestación de masculinidades. Las barras en el fútbol integradas principalmente por varones dan cuenta de la forma en cómo se reproducen formas violentas de resolución de conflictos, así como de establecer supremacía frente a otros.

Este tipo de violencias no son un fenómeno aislado ni raro en los eventos deportivos; más bien refleja un entramado social más amplio que pone de relieve la exclusión, el odio al otro y la desesperanza que atraviesan a las sociedades contemporáneas. Desde una perspectiva teórica, el análisis se apoya en el concepto de *necropoder*, desarrollado por Achille Mbembe (2011), el cual explora cómo el poder se manifiesta en la capacidad de decidir sobre la vida o la muerte de ciertos sectores de la población, particularmente en contextos de exclusión y marginación. Según Mbembe (2011), el *necropoder* se expresa en las sociedades modernas a través de la administración de la violencia y la muerte, donde el control sobre la vida y la muerte. En el caso de los hechos de violencia en Querétaro, estas dinámicas se materializan en la aniquilación simbólica del "otro", percibido como una amenaza al orden social y, por tanto, susceptible de ser eliminado, ya sea de manera física o discursiva.

1 <https://laopinion.com/2022/03/06/que-paso-en-el-queretaro-vs-atlas-recuento-de-la-tragedia-minuto-a-minuto/>

La violencia en el fútbol se explica en palabras de Bourdieu (1993) como una forma simbólica, entendiendo que, particularmente entre las barras, la violencia no es solo física, sino que constituye una forma de dominación simbólica. Esta violencia simbólica se manifiesta a través de discursos y prácticas que refuerzan la exclusión del otro y legitiman la superioridad de un grupo sobre otro. En el fútbol, estas dinámicas se observan en la manera en que los aficionados construyen identidades en oposición al rival, a menudo deshumanizándolo y justificando su eliminación.

La otredad es percibida con desconfianza y hostilidad. El miedo al otro y la incapacidad de convivir con lo diferente se hacen evidentes en la manera en que las sociedades responden ante episodios de violencia como el de Querétaro, buscando suprimir la otredad a través de medidas punitivas o de eliminación simbólica en lugar de promover el diálogo y la inclusión.

Este artículo pretende, por tanto, dar respuesta a la pregunta: ¿cómo en el hecho de violencia del 5M en Querétaro pone de manifiesto la violencia como una forma de necropoder a partir de la reproducción de masculinidades? En la primera sección, se analizará a las barras en el fútbol como objeto de estudio y como el fútbol puede ser vista como un síntoma de las tensiones sociales y económicas que atraviesan las sociedades contemporáneas. En la segunda sección, se examinará el concepto de necropoder y su pertinencia para explicar las dinámicas de violencia en el contexto futbolístico. La tercera sección explorará, a partir de los hechos de violencia en Querétaro cómo el fútbol ha devenido en un espacio de exclusión y aniquilación simbólica del otro. Al final, se busca ofrecer una perspectiva crítica que permita entender el incidente de Querétaro como parte de una problemática que involucra las violencias y las masculinidades en nuestras sociedades contemporáneas.

Como nota metodológica, este trabajo constituye una primera aproximación teórica que parte del hecho concreto ocurrido el 5 de marzo de 2022 en el Estadio Corregidora de Querétaro. Con base en las nociones de necropolítica, masculinidad y violencia en el contexto

del deporte se busca su aplicabilidad en el caso concreto de las barras del fútbol. Aunque el enfoque es teórico, metodológicamente se sustenta en un ejercicio que pone en perspectiva cómo las dinámicas de poder y violencia se manifiestan en este ámbito, que se convierte en un escenario donde la violencia no solo es exclusivamente física, y cómo las masculinidades recurren a la violencia para sostener su poder. La aproximación, aunque inicial, busca abrir camino para futuras investigaciones que profundicen empíricamente en la relación entre estos conceptos y la dinámica de las barras en el fútbol.

Violencia, fútbol y masculinidades

La violencia en el fútbol no es un fenómeno reciente, sino un reflejo de una serie de factores sociales, culturales y económicos profundamente arraigados en las sociedades contemporáneas. Incidentes como la tragedia de Hillsborough² en Inglaterra o los recurrentes enfrentamientos en estadios de América Latina, por mencionar dos ejemplos recientes está el caso de Argentina, donde las barras bravas también han protagonizado hechos violentos. En octubre de 2022, un enfrentamiento entre las hinchadas de Gimnasia y Esgrima de La Plata y Boca Juniors dejó como resultado un muerto y decenas de

² La tragedia de Hillsborough, acontecida el 15 de abril de 1989 en el Estadio Hillsborough de Sheffield, Inglaterra, representó uno de los episodios más fatídicos en la historia del deporte británico, con un saldo de 97 víctimas mortales y 776 heridos. Este suceso se desarrolló en el marco de la semifinal de la FA Cup entre el Liverpool Football Club y el Nottingham Forest Football Club, y todas las víctimas fueron seguidores del equipo del Liverpool. El incidente fue desencadenado por una serie de decisiones erróneas en la gestión del acceso de los aficionados. Poco antes del inicio del partido, la policía, en respuesta a la concentración masiva de aficionados en las inmediaciones del estadio, ordenó la apertura de una puerta exterior en el fondo oeste del estadio. Esta acción resultó en una sobrecarga de personas en las gradas, lo que culminó en una avalancha humana que aplastó a los asistentes contra las vallas del estadio. De las 97 personas fallecidas, 94 perdieron la vida el mismo día del evento, lo que consolidó a Hillsborough como la peor tragedia deportiva en la historia del Reino Unido.

heridos. Los disturbios, que incluyeron enfrentamientos con la policía, ocurrieron dentro y fuera del estadio. (El País, 2022).

Asimismo, en Brasil, la violencia ha seguido siendo una constante en los estadios. En abril de 2022, un enfrentamiento entre aficionados del Atlético Mineiro y Cruzeiro, dos de los clubes más grandes de Belo Horizonte, terminó con varios heridos tras una batalla campal (Globo Esporte, 2022).

La problemática es compleja, puesto que implica una masculinidad mal entendida y exacerbada dentro del espacio deportivo. El deporte, y en particular el fútbol, es un escenario en el que se ponen en juego múltiples tensiones relacionadas con la identidad, la clase social y, el género.

A partir de la obra de Norbert Elias y Eric Dunning (1986), quienes sostienen que el deporte es una forma de canalizar las emociones intensas en un espacio controlado, se observa que, en ciertos casos, estas emociones se desbordan, transformando el campo de juego en un espacio de violencia. Esta violencia, aunque en la superficie parece ser un problema de comportamiento individual, es en realidad un síntoma de una construcción social de la masculinidad que fomenta la violencia y la dominación.

Las barras como objeto de estudio han sido analizadas en diferentes perspectivas. En América Latina y Europa se han explorado las dinámicas de poder, género y exclusión que se ponen de manifiesto en su organización. Las barras, integradas principalmente por hombres jóvenes operan bajo códigos de honor y lealtad que exaltan la violencia como medio para resolver conflictos y reafirmar identidades masculinas (Alabarces, 2005).

En sus inicios, las barras representaban un sentido de pertenencia local o regional. A partir de los años 60 y 70, en países como Inglaterra y Argentina, comenzaron a gestarse como organizaciones más formales, con la capacidad de movilizar grandes masas de aficionados y, en algunos casos, ejercer control sobre ciertos aspectos del club o estadio. Las barras surgieron en paralelo con la profesionalización del fútbol y el aumento de los fans (Martínez, 2020), lo que generó una cultura en la que la

identificación con el equipo se tornó en una reafirmación de la identidad de sus miembros.

El vínculo entre las barras y la violencia se ha forjado a lo largo del tiempo, ya que la estructura de estos grupos, en muchos casos, adopta códigos de comportamiento propios de organizaciones que se pueden caracterizar como violentas (Castro, 2020). Esta violencia se expresa tanto física como simbólicamente, y es vista como un medio para defender el honor del equipo y del grupo, donde los rivales no solo representan la competencia deportiva, sino también una amenaza identitaria. En este sentido, las barras no son simplemente colectivos de aficionados apasionados, sino también escenarios de conflicto, tanto entre ellas como con las fuerzas de seguridad y otros actores sociales (Martínez, 2020; Guerrero, 2020).

Un aspecto central en la relación entre las barras y la violencia es el papel que desempeñan las masculinidades hegemónicas en estos grupos. Las barras son, en su mayoría, espacios profundamente masculinos, donde las normas de comportamiento se construyen en torno a valores asociados con la fuerza, la agresividad y la dominación. La violencia se convierte en una forma de demostrar virilidad y reafirmar la masculinidad dentro del grupo, lo que refuerza dinámicas de poder en las que el cuerpo masculino es instrumentalizado como un medio para ejercer control sobre los demás.

En Argentina, las investigaciones de Alabarces (2005) han sido fundamentales para comprender cómo las barras bravas se convierten en espacios de resistencia social. Según Alabarces, estos grupos no solo son fanáticos del fútbol, sino que son actores políticos y sociales que, en muchos casos, están vinculados a redes de poder económico y político. La violencia en las gradas, lejos de ser un simple exceso de pasión, está ligada a estructuras de exclusión social y económica, donde los jóvenes de sectores marginados encuentran en las barras una forma de pertenencia y poder (Alabarces, 2005; Garriga Zucal, 2007).

Por su parte, Gaffney (2008) ha documentado la violencia en las barras de Brasil y Argentina, destacando cómo los estadios de fútbol se convierten en "templos"

donde se juega no solo el destino de los equipos, sino también las jerarquías sociales y de género. Las barras, sostiene Gaffney, son espacios donde se negocian identidades masculinas a través del uso de la fuerza física y la violencia simbólica, lo que refuerza la noción de "masculinidad hegemónica" descrita por Connell (1995).

En Europa, los estudios sobre *hooliganismo* han seguido una línea similar, destacando cómo la violencia en el fútbol está relacionada con dinámicas de clase y la exclusión social. Spaaij (2006) argumenta que los hooligans en el Reino Unido, al igual que las barras en América Latina, utilizan la violencia como un medio para expresar su insatisfacción con el orden social establecido. Esta violencia, sin embargo, no es irracional ni desorganizada; más bien, responde a códigos estrictos que refuerzan la identidad del grupo y la masculinidad dominante.

En el contexto de las barras, la violencia también está profundamente entrelazada con la política y la economía. Según Dávila (2011), en países como Colombia, los grupos de barras han sido instrumentalizados por actores políticos, quienes los utilizan para obtener apoyo en campañas electorales o para ejercer control territorial en las ciudades. Esta relación entre política y barras bravas refuerza la impunidad de estos grupos, lo que perpetúa un ciclo de violencia.

La violencia en las barras bravas no solo se limita al estadio, sino que trasciende a los espacios urbanos. Grupos como los "barras" en Argentina o los "torcedores organizados" en Brasil han protagonizado episodios de violencia en las calles, en enfrentamientos con la policía o con hinchas rivales (Garriga Zucal, 2007). Estos casos destacan cómo la violencia futbolística se convierte en una extensión de las tensiones sociales y económicas que atraviesan a estas sociedades.

Para comprender por qué la violencia en el fútbol es vista como un síntoma de una masculinidad mal entendida, es fundamental comprender desde el concepto de masculinidad hegemónica, propuesto por Raewyn Connell (1995). Según Connell, la masculinidad hegemónica es un tipo de masculinidad dominante que refuerza la idea de que los hombres deben ser fuertes, competitivos y, en

muchos casos, violentos, para mantener su estatus dentro de una jerarquía de género. Este tipo de masculinidad se reproduce y perpetúa en diversas esferas sociales, incluido el deporte. El fútbol, como deporte de alto impacto social, se convierte en un espacio para la expresión de estas dinámicas de género.

El fútbol no solo es un deporte; es un espectáculo que fomenta la identificación de los espectadores con los jugadores y sus equipos, lo que en sí mismo genera una serie de expectativas en torno al comportamiento "apropiado" dentro y fuera del campo. La rivalidad entre equipos se convierte muchas veces en una oportunidad para demostrar virilidad y poder. Esta demostración se lleva al extremo cuando, bajo el amparo de una identidad de grupo —como las barras—, los seguidores no solo apoyan a su equipo, sino que también buscan imponerse sobre los demás, tanto simbólica como físicamente. Las barras bravas, especialmente en América Latina, no solo son agrupaciones de aficionados; representan una forma de identidad colectiva, con códigos de conducta que a menudo exaltan la violencia y la lealtad incondicional.

Sobre la violencia simbólica Bourdieu (1993) permite comprender cómo los estadios de fútbol se convierten en espacios de reproducción de desigualdades sociales y de género. Bourdieu (1993) señala que la violencia simbólica no es necesariamente física, sino que está ligada a la imposición de valores, normas y jerarquías que refuerzan estructuras de poder preexistentes. En el caso del fútbol, esta violencia simbólica puede verse en la forma en que se perpetúan estereotipos de género y clase. Los hinchas, al adoptar comportamientos violentos, no solo reafirman su pertenencia a un grupo, sino que también refuerzan una forma de masculinidad que desprecia lo "femenino" y que valida la agresión como un medio legítimo para la resolución de conflictos.

En este sentido, la violencia en el fútbol puede entenderse como una respuesta a las condiciones de exclusión social, en la que los jóvenes, especialmente de sectores marginados, encuentran en el estadio un espacio donde expresar su frustración. Como señala Castro (2020) "la afición futbolística permite acercar al semejante y

distanciar al otro, aportando elementos significativos para definir a un yo-nosotros y un él-ellos, constituido a partir de las distinciones culturales, económicas, étnicas, futbolísticas, históricas, pasionales, políticas, sociales y territoriales; construyendo el amigo y el enemigo, es decir, quién se encuentra a favor y quién en contra" Por tanto, La violencia se convierte en una herramienta de poder, un modo de hacerse visible en una sociedad que, de otro modo, los ignora o marginaliza. Sin embargo, esta forma de "visibilidad" está estrechamente ligada a una versión distorsionada de la masculinidad, en la que el valor de un hombre se mide por su capacidad para intimidar, agredir y dominar a los demás.

La violencia en el fútbol, por lo tanto, no puede entenderse únicamente como un problema de seguridad. Es necesario analizarla desde una perspectiva que reconozca cómo las normas sociales en torno a la masculinidad influyen en el comportamiento de los aficionados. La violencia en el deporte es, en muchos casos, un síntoma de una masculinidad que se siente amenazada y que, como respuesta, recurre a la agresión para reafirmar su poder.

La normalización de la violencia en el fútbol: Necropoder como eje conceptual.

Como se ha mencionado en el apartado anterior, el fútbol es un escenario donde se juegan las identidades, las emociones y las tensiones sociales. Este fenómeno ha sido abordado desde múltiples perspectivas académicas, ya que en el contexto del deporte se negocian y redefinen constantemente las dinámicas de clase, género, y etnicidad. En México, el fútbol es un deporte central en la cultura popular, capaz de aglutinar aficiones, pero también de generar divisiones. El análisis de la violencia en el fútbol, en particular, revela un entrelazado de factores socioeconómicos, políticos y culturales que influyen en el comportamiento colectivo.

El espacio donde se naturaliza la pasión y el entretejido simbólico en un estadio de fútbol son las barras. Las barras

en el fútbol son un fenómeno vinculado a las dinámicas sociales, políticas y culturales que caracterizan a este deporte como un espacio de construcción de identidad colectiva.

Las barras, entendidas como grupos organizados de aficionados que apoyan a sus equipos con fervor y, en muchos casos, con comportamientos extremistas, tienen sus raíces en el proceso de popularización del fútbol en el siglo XX. Este fenómeno, surgido en Europa y América Latina, ha evolucionado hasta convertirse en una forma compleja de expresión social que trasciende el ámbito deportivo. (Alabarces, 2005) Esta manifestación de rivalidad se nutre de contextos históricos y culturales específicos, transformando los estadios en arenas donde se enfrentan no solo equipos, sino también simbolismos de pertenencia y desafío entre aficionada (Magazine et. al., 2012).

El vínculo entre las barras y la violencia se ha forjado a lo largo del tiempo, ya que la estructura de estos grupos, en muchos casos, adopta códigos de comportamiento propios de organizaciones que se pueden caracterizar como violentas. Esta violencia se expresa tanto física como simbólicamente, y es vista como un medio para defender el honor del equipo y del grupo, donde los rivales no solo representan la competencia deportiva, sino también una amenaza identitaria. En este sentido, las barras no son simplemente colectivos de aficionados apasionados, sino también escenarios de conflicto, tanto entre ellas como con las fuerzas de seguridad y otros actores sociales.

Un aspecto central en la relación entre las barras y la violencia es el papel que desempeñan las masculinidades hegemónicas en estos grupos. Las barras son, en su mayoría, espacios profundamente masculinos, donde las normas de comportamiento se construyen en torno a valores asociados con la fuerza, la violencia y la dominación. La violencia se convierte en una forma de demostrar virilidad y reafirmar la masculinidad dentro del grupo, lo que refuerza dinámicas de poder en las que el cuerpo masculino es instrumentalizado como un medio para ejercer control sobre los demás.

La socióloga Raewyn Connell describe la masculinidad

hegemónica como aquella que mantiene una posición de poder y dominación sobre otras formas de masculinidad y sobre las mujeres (Connell, 1995). En el contexto de las barras, esta hegemonía se expresa a través de la exclusión de masculinidades subordinadas y la marginación de aquellos que no cumplen con los estándares de agresividad y competitividad que se esperan en el grupo. Los actos de violencia, tanto dentro como fuera del estadio, son, por tanto, expresiones de una masculinidad que busca validar su posición a través del control y la imposición sobre el otro.

Uno de los conceptos clave para comprender la relación entre fútbol, violencia e identidad es el de necropoder, desarrollado por Achille Mbembe. El necropoder se refiere a la capacidad de decidir sobre la vida y la muerte, y se manifiesta en contextos donde ciertos grupos o individuos son considerados prescindibles, ya sea por razones económicas, políticas o culturales (Mbembe, 2011). Aunque esta noción fue inicialmente planteada en el marco de estudios sobre el colonialismo y la guerra, es un concepto que puede aplicarse para entender formas contemporáneas de exclusión y violencia, como las que tienen lugar en los estadios de fútbol.

Refuerza esta idea Sayak Valencia (2010) quien introduce el concepto de *sujeto endriago* para describir una nueva configuración de subjetividad masculina que surge en el contexto de la violencia extrema y la economía neoliberal en las periferias del capitalismo global. Según Valencia, el sujeto endriago es un hombre precarizado, producto de la desintegración de las estructuras económicas tradicionales y la falta de oportunidades, que encuentra en la violencia una forma de poder y agencia. Este sujeto se caracteriza por utilizar la violencia como un medio de acumulación de capital simbólico y material, siguiendo las lógicas del capitalismo gore, donde la vida y el cuerpo humano se convierten en mercancías intercambiables en los mercados de la violencia (Valencia, 2010).

Valencia (2010) vincula este fenómeno con la necropolítica, desarrollada por Mbembe (2011), en la que el poder sobre la vida y la muerte se convierte en una herramienta. En el caso del sujeto endriago, la

violencia es una forma de restituir el poder perdido por las masculinidades precarizadas en contextos donde la hegemonía masculina tradicional se ve amenazada por la exclusión social y económica. Este sujeto endriago, al igual que las barras bravas como un ejemplo, se apropia de la necropolítica para ejercer control y dominación a través de la violencia extrema. Al matar o infligir dolor, el sujeto endriago reafirma su masculinidad, reconfigurando su identidad en un entorno donde el valor humano se mide por la capacidad de generar miedo y destrucción.

La propuesta de Valencia (2010), al destacar la relación entre masculinidad, necropolítica y violencia, aporta una comprensión crítica sobre cómo el capitalismo neoliberal exacerba las crisis de género y poder en los márgenes de la sociedad global. Las masculinidades precarizadas, incapaces de encontrar validación en las estructuras tradicionales de trabajo y familia, recurren a la violencia como un medio de recuperación de estatus. De este modo, Valencia establece un vínculo entre la economía global y las nuevas formas de masculinidad, donde la violencia se convierte en una práctica performativa que refuerza las jerarquías de género y el control sobre el otro (Valencia, 2010; Mbembe, 2011).

En el contexto del fútbol, esta lógica se manifiesta cuando las barras rivales ven a los otros no solo como oponentes deportivos, sino como amenazas a su identidad, que deben ser eliminadas simbólicamente y físicamente. Las masculinidades hegemónicas juegan un papel clave en este proceso, ya que legitiman la violencia como una forma de reafirmar el poder masculino.

Una cuestión central para entender la dinámica del necropoder en el fútbol es preguntarse quién decide quién vive o quién muere simbólicamente dentro de este espacio. ¿Qué estructuras de poder están en juego en los estadios de fútbol? Además, ¿cómo estas masculinidades precarizadas utilizan la violencia para reafirmarse en un contexto social donde su poder se ve amenazado? Estas preguntas orientan la discusión teórica de este trabajo, en busca de comprender cómo el necropoder y la violencia simbólica interactúan dentro de las barras.

La violencia en el fútbol no puede entenderse sin

considerar la relación entre deporte y masculinidad. El fútbol es, tradicionalmente, un espacio dominado por hombres, donde se refuerzan normas de comportamiento que valoran la agresividad, la competencia y el control sobre el cuerpo propio y el de los demás. Desde la perspectiva de los estudios de género, el fútbol es un terreno donde se juegan las masculinidades hegemónicas, es decir, aquellas formas de masculinidad que son culturalmente valoradas y que perpetúan las relaciones de poder y control (Connell, 1995).

Este proceso de aniquilación tiene implicaciones para la sociedad en su conjunto. Como señala Zygmunt Bauman (2001) las relaciones sociales en las sociedades contemporáneas se caracterizan por su fragilidad y por una constante sensación de amenaza por parte del otro. En el caso del fútbol, esta fragilidad se traduce en una violencia que no solo es física, sino también simbólica, y que busca reafirmar la identidad propia a través de la negación del otro.

En este sentido, Foucault (2008) ofrece una herramienta analítica útil para entender cómo los discursos mediáticos operan como mecanismos de poder que construyen y refuerzan la otredad. Foucault (2008) sostiene que el poder no se ejerce solo a través de la violencia física o la coacción directa, sino también a través de discursos que moldean la manera en que las personas perciben y se relacionan con el mundo. En el caso del fútbol, los medios de comunicación construyen una narrativa en la que ciertos grupos de aficionados son presentados como peligrosos e incontrolables, lo que justifica la adopción de medidas represivas y la exclusión simbólica de estos grupos.

La normalización de la violencia simbólica en el fútbol no es un fenómeno aislado, sino que se inserta en un contexto más amplio de deshumanización y exclusión del otro en la sociedad contemporánea. Esta normalización se ve reforzada por discursos mediáticos y políticos que justifican la violencia como una forma legítima de resolver conflictos y que presentan la eliminación del otro como una solución aceptable.

Las vidas humanas plantean Judith Butler (2004) no son

valoradas de la misma manera en todas las sociedades, y que ciertos grupos de personas son considerados "menos humanos" o "menos dignos de protección" que otros. En el contexto del fútbol, esta idea se traduce en la forma en que ciertos grupos de aficionados son deshumanizados y presentados como peligrosos, lo que justifica la violencia en su contra. Esta deshumanización es una forma de violencia simbólica que tiene profundas implicaciones para la cohesión social y para la manera en que entendemos el papel del fútbol en la sociedad.

La idea de que la violencia es una respuesta legítima a la amenaza del otro está profundamente arraigada en la cultura futbolística y se refuerza a través de una serie de rituales y prácticas que buscan reafirmar la identidad del grupo a través de la exclusión del otro.

Tal como señala Norbert Elias (1990), el deporte moderno, incluido el fútbol, ha servido históricamente como una válvula de escape para las tensiones sociales, permitiendo que las rivalidades y los conflictos se canalicen de manera controlada. Sin embargo, cuando estas tensiones desbordan el ámbito del deporte y se traducen en violencia física y simbólica, el fútbol deja de ser un espacio de integración social para convertirse en un campo de batalla donde la otredad es negada y donde la aniquilación del otro se convierte en una práctica aceptable.

Los hechos en Querétaro y la violencia en el fútbol en general no son solo problemas de orden público o de seguridad en los estadios, sino que revelan dinámicas más profundas de exclusión, deshumanización y aniquilación simbólica del otro. La violencia en el fútbol no puede entenderse únicamente como una expresión física de conflicto, sino que debe ser analizada en términos de los discursos simbólicos que la refuerzan y que contribuyen a su normalización.

La otredad en el fútbol se construye a través de narrativas mediáticas y sociales que deshumanizan a los rivales y que justifican su eliminación. Esta lógica de aniquilación simbólica tiene profundas implicaciones para la cohesión social y para la manera en que entendemos el papel del deporte en la construcción de identidades

colectivas.

La violencia en el fútbol, como forma de aniquilación del otro, debe ser cuestionada y desafiada si queremos construir una sociedad más inclusiva y menos violenta. En este sentido, la violencia en el fútbol no puede entenderse sin considerar la relación entre deporte y masculinidad.

El fútbol es, tradicionalmente, un espacio dominado por hombres, donde se refuerzan normas de comportamiento que valoran la agresividad, la competencia y el control sobre el cuerpo propio y el de los demás. Desde la perspectiva de los estudios de género, el fútbol es un terreno donde se juegan las masculinidades hegemónicas, es decir, aquellas formas de masculinidad que son culturalmente valoradas y que perpetúan las relaciones de poder y control (Connell, 1995).

En el fútbol, esta afirmación de la masculinidad puede tomar la forma de la violencia física, como lo vimos en el caso del estadio Corregidora de Querétaro el 5 de Marzo de 2022. Los hinchas, al agredir a los rivales, no solo están defendiendo los colores de su equipo, sino también reafirmando una identidad masculina que se basa en la capacidad de ejercer poder sobre otros.

El 5 de marzo de 2022: La violencia en el estadio Corregidora de Querétaro

El 5 de marzo de 2022, el Estadio Corregidora de Querétaro, México, fue escenario de un violento episodio que conmocionó tanto al ámbito futbolístico nacional como a la opinión pública internacional.

En la relatoría de hechos se da cuenta que, de acuerdo con los reportes de prensa, los altercados comenzaron alrededor del minuto 60, cuando los aficionados comenzaron a invadir la cancha, obligando a que el partido se detuviera. La falta de control por parte de las autoridades de seguridad fue evidente, lo que permitió que la violencia se propagara rápidamente a diferentes zonas del estadio³.

3 <https://www.informador.mx/Atlas-vs-Queretaro-Triste-recuerdo-Cronologia-del-encuentro-violento-entre-Gallos-y-Zorros->

El caos se intensificó cuando los agresores utilizaron objetos como cinturones, palos y sillas para atacar a otros aficionados, dejando escenas que fueron capturadas y difundidas en medios de difusión y en redes sociodigitales. Algunas personas fueron golpeadas, mientras otras intentaban huir del recinto. Testimonios recogidos por diversos medios⁴ describen a familias y niños intentando escapar del conflicto, y a personas que se despojaban de sus camisetas para no ser identificadas como parte de una barra opuesta. A pesar de la violencia extrema, el informe policial declaró que no hubo fallecidos, aunque 26 personas resultaron hospitalizadas.

Este evento no puede ser comprendido únicamente desde el prisma de un incidente deportivo. La violencia en el Estadio Corregidora refleja una confluencia de factores estructurales y contextuales que revelan una problemática más amplia relacionada con la violencia social en México, las masculinidades hegemónicas y la instrumentalización de la identidad futbolística como vehículo de expresión de tensiones latentes.

Con base en la idea de necropoder, se puede argumentar que el estadio se transforma en un espacio donde el poder se ejerce no solo en términos de control territorial, sino también mediante la producción de sujetos que fueron expuestos a la violencia.

El contexto sociopolítico de México, marcado por la prevalencia de la violencia criminal y la normalización de la brutalidad en el espacio público, crea un terreno fértil para la manifestación de la violencia en el fútbol. En los últimos años, el país ha experimentado un aumento en la violencia homicida y las disputas territoriales entre grupos criminales, lo que ha contribuido a la generación de una atmósfera en la que la violencia física y simbólica se reproduce de manera cotidiana. Este trasfondo se materializa en el fútbol, donde las rivalidades deportivas entre equipos como Querétaro y Atlas actúan como catalizadores de la agresión colectiva. En este sentido, el Estadio Corregidora se convirtió así en un escenario de

l202208030001.html

4https://mexico.as.com/mexico/2022/03/06/futbol/1646527770_037496.html

lucha por la hegemonía masculina, en el que la violencia física es una manifestación de una competencia por el poder y el control sobre el otro.

Desde la perspectiva de la necropolítica, como lo proponen Achille Mbembe (2011) y Sayak Valencia (2010), las dinámicas de poder, vida y muerte se manifiestan en contextos de exclusión y violencia como se puso de manifiesto en este caso. La necropolítica, según Mbembe, como esa capacidad de decidir quién vive y quién muere, marca el enfrentamiento entre las barras de Querétaro y Atlas. Esto simboliza esta disputa por el control y la legitimación de la violencia como una forma de reafirmar identidades masculinas hegemónicas. No es solo un acto de violencia, sino la escenificación de un poder que, en el territorio que simboliza el estadio, anula la humanidad del "otro", considerado enemigo y, por lo tanto, prescindible.

Para Valencia (2010), que complementa esta visión como producto de la descomposición económica y social, que recurre a la violencia extrema como una forma de recuperar poder en espacios donde no lo tienen. El estadio de fútbol se convierte en un espacio donde estos hombres encuentran una oportunidad de revalidar su masculinidad a través de la dominación violenta del cuerpo del otro. La violencia entre las barras no es aleatoria; está organizada bajo códigos que legitiman el uso del cuerpo ajeno como objeto de agresión, lo que resuena con la lógica necropolítica de Mbembe, donde ciertos cuerpos son desechables y su eliminación se naturaliza en este tipo de escenarios. Los cuerpos agredidos el 5 de marzo fueron despojados de su humanidad en tanto enemigos, mientras que los agresores se reafirmaban como sujetos en control de la violencia y del territorio simbólico del estadio.

En términos de género, el fútbol ha sido históricamente un espacio donde las masculinidades hegemónicas (Connell, 1995) encuentran una plataforma para reafirmarse. En el caso del fútbol, esta masculinidad se manifiesta a través de actitudes de dominación, agresividad y competitividad exacerbada, que refuerzan la idea de que la violencia es un medio legítimo para resolver disputas y afirmar el estatus de los individuos en un colectivo.

El 5 de marzo de 2022, esta masculinidad mal

entendida se expresó en el comportamiento de los hinchas involucrados en la riña, quienes, al adherirse a un código de honor violento y competitivo, actuaron como ejecutores de una forma de **necropoder**. Las gradas del estadio, se convirtieron en zonas donde se disputaban las jerarquías masculinas a través del ejercicio de la violencia. De esta manera, el estadio no solo es un espacio físico de encuentro, sino también un escenario donde se dirimen cuestiones identitarias ligadas a la hombría y la pertenencia a un grupo.

Otro aspecto relevante en el análisis de este suceso es el rol del Estado y las instituciones en la gestión de la seguridad pública. Las fallas en la respuesta institucional a los hechos violentos en el Estadio Corregidora son indicativas de una carencia estructural en la capacidad del Estado para garantizar la seguridad de los ciudadanos en espacios públicos. A pesar de la existencia de protocolos de seguridad para eventos masivos, la falta de previsión y la insuficiencia de las fuerzas de seguridad evidenciaron una profunda ineficacia en la contención del conflicto, lo que exacerbó el caos y la violencia. Esto pone de manifiesto no solo la fragilidad del Estado en la gestión de situaciones críticas, sino también la necesidad de repensar las políticas de seguridad en el contexto de eventos deportivos de gran envergadura.

La violencia desatada en el Estadio Corregidora el 5 de marzo de 2022 debe entenderse como un síntoma de problemáticas sociales más amplias relacionadas con la construcción de las identidades masculinas, la violencia estructural y las fallas institucionales. Este evento ofrece una ventana hacia la comprensión de las formas en que la violencia se manifiesta y reproduce en la sociedad contemporánea, y plantea interrogantes urgentes sobre el papel del deporte en la articulación de tensiones sociales y políticas más profundas.

El fútbol, ha sido históricamente un espacio de socialización masculina. Las gradas, los equipos y los propios partidos se erigen como espacios donde las identidades masculinas no solo se construyen, sino que se reafirman mediante el despliegue de características asociadas con la masculinidad hegemónica: competencia,

agresividad, resistencia al dolor y dominación. En palabras de Connell (1995), la masculinidad hegemónica se refiere a la configuración de la práctica de género que asegura la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres, así como de otros hombres que no encarnan este ideal.

La violencia en el Estadio Corregidora puede entenderse como una performance extrema de masculinidad que trasciende los límites normativos impuestos por las instituciones deportivas. Los cánticos y provocaciones entre las aficiones rivales que precedieron a la violencia física eran, en sí mismos, expresiones performativas de masculinidad que buscaban reafirmar la superioridad del grupo. No obstante, cuando estas dinámicas verbales fallaron en controlar la competencia identitaria entre los hinchas, se desató la violencia física como último recurso para preservar y validar la masculinidad del grupo dominante.

En este sentido, los hechos de Querétaro pueden ser comprendidos como una manifestación de necropolítica, en el que las masculinidades precarizadas encuentran en la violencia la forma de ejercer poder, incluso si este es destructivo. Las barras bravas, compuestas mayoritariamente por hombres jóvenes excluidos de las estructuras económicas tradicionales, se convierten en actores políticos y sociales que utilizan la violencia para reivindicar un lugar en la jerarquía social. Así, la violencia del 5 de marzo no solo representa una disputa deportiva, sino la expresión material de un conflicto de poder en el que la vida y la muerte se deciden simbólicamente, reforzando el control y la dominación de ciertos grupos sobre otros.

Conclusiones

La masculinidad no es solo un fenómeno individual, sino que está inscrita en las dinámicas grupales. Las barras bravas o grupos organizados de hinchas masculinos no solo operan como comunidades de apoyo, sino como espacios donde se reproduce un tipo específico de masculinidad

que se valida mediante la violencia y la exclusión del otro. La colectividad masculina, en este caso, funciona como un espacio donde se legitiman comportamientos violentos que, en otros contextos, podrían ser sancionados. De esta manera, la masculinidad se convierte en un fenómeno colectivo que, a través de la performance violenta, reafirma la pertenencia al grupo y la exclusión del rival.

El concepto de necropoder de Achille Mbembe se torna crucial en este análisis, ya que permite conectar la violencia física con una lógica más amplia de dominación y control de los cuerpos. En el contexto del fútbol, el necropoder se manifiesta no solo en la violencia explícita, sino también en la capacidad de ciertos actores de ejercer control sobre la vida y el cuerpo del otro, reduciéndolo a una condición de vulnerabilidad extrema. Este tipo de control y aniquilación se inscribe en una lógica de masculinidad hegemónica que se legitima mediante el uso del cuerpo del otro como objeto de dominación.

En el Estadio Corregidora, los aficionados del Atlas y de Querétaro que se agredieron no solo experimentaron la violencia física, sino también una forma de necropoder que se ejerció sobre sus cuerpos. Al ser golpeados, y expuestos a la humillación pública, estos aficionados fueron reducidos a una condición de extrema vulnerabilidad, donde su humanidad fue simbólicamente eliminada. Los agresores, en cambio, reafirmaron su masculinidad hegemónica a través de este acto de aniquilación física y simbólica, donde el cuerpo del otro se convierte en el medio para validar su propio estatus.

El necropoder, entonces, no solo opera en contextos de guerra o genocidio, como sugiere Mbembe, sino también en situaciones cotidianas donde se manifiestan formas extremas de violencia física y simbólica. En el contexto del fútbol, este poder sobre la vida y la muerte se ejerce de manera simbólica a través de la dominación y el control de los cuerpos ajenos, especialmente cuando el otro es percibido como una amenaza a la identidad masculina del grupo.

Un aspecto importante que debe ser considerado en este análisis es la relación entre la masculinidad hegemónica y las formas subordinadas de masculinidad que quedan

excluidas del espacio futbolístico. Connell (1995) sostiene que la masculinidad hegemónica se construye en oposición no solo a la feminidad, sino también a otras formas de masculinidad que no cumplen con los ideales dominantes de agresividad, competitividad y control. En el contexto del fútbol, los aficionados que no participan en las dinámicas de violencia, así como aquellos que no encarnan los ideales de la masculinidad hegemónica, son marginados o excluidos del grupo.

Esta exclusión no es meramente simbólica, sino que puede manifestarse de manera física y material. Los hinchas que no se alinean con las normas de comportamiento violento y agresivo corren el riesgo de ser percibidos como "menos hombres" o como traidores a la identidad del grupo. En el caso del Estadio Corregidora, aquellos que no participaron en la violencia se encontraron en una posición de vulnerabilidad, donde su masculinidad fue puesta en entredicho por no cumplir con los ideales del grupo dominante. Esta dinámica de exclusión refuerza el poder de la masculinidad hegemónica al sancionar y marginar a aquellos que no se alinean con sus normas.

El análisis de la violencia en el fútbol debe integrar no solo las dinámicas de violencia física y simbólica, sino también las formas en que la masculinidad hegemónica se articula y reproduce en estos espacios. El incidente en el Estadio Corregidora el 5 de marzo de 2022 no puede ser comprendido sin considerar cómo las identidades masculinas se construyen y afirman a través de la violencia, tanto física como simbólica. Las dinámicas de poder que se desarrollaron en este contexto no solo reflejan una lógica de competencia identitaria entre grupos rivales, sino también una lucha por la validación de formas específicas de masculinidad que legitiman la agresión y la dominación del otro.

El necropoder, tal como lo describe Mbembe, ofrece una lente crucial para entender cómo la violencia en el fútbol trasciende lo meramente deportivo y se inscribe en dinámicas estructurales de control y exclusión. El cuerpo del otro, en este contexto, se convierte en el terreno donde se dirimen las disputas por el poder y la identidad, y donde la masculinidad hegemónica se reafirma mediante

la aniquilación simbólica y física de aquellos que son percibidos como una amenaza.

Este análisis también resalta la importancia de abordar las formas de masculinidad subordinada y cómo estas son marginadas en los espacios deportivos. Solo mediante una comprensión profunda de cómo operan estas dinámicas de poder y género en el fútbol podremos avanzar hacia soluciones estructurales que aborden las causas subyacentes de la violencia y promuevan formas más inclusivas y no violentas de vivir el deporte.

Bibliografía

- Alabarces, P. (2005). *Fútbol y Patria: El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Prometeo Libros.
- Anderson, B. (2006). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso Books.
- Bauman, Z. (2001). *La Modernidad Líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beauvoir, S. de. (1949). *El segundo sexo*. Francia: Gallimard.
- Bourdieu, P. (1993). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. México: Taurus.
- Butler, J. (2004). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. London: Verso Books.
- Castro, J. (2020). *Sobre el ritual, la violencia, la identidad y el aguante entre los hinchas del fútbol: estado actual de la investigación social*. Ciencia y Sociedad, vol. 45, núm. 3, pp. 65-83, 2020 Instituto Tecnológico de Santo Domingo
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. Boston: Polity Press.
- Dávila, A. (2011). *Barras Bravas y Política en Colombia*. Madrid: Editorial ABC.

- Elias, N. (1990). *Deporte y violencia: Reflexiones de un proceso civilizador*. España: Alianza Editorial.
- Elias, N. & Dunning, E. (1986). *Quest for Excitement: Sport and Leisure in the Civilizing Process*. Oxford: Basil Blackwell.
- Foucault, M. (2008). *Security, Territory, Population: Lectures at the Collège de France, 1977-1978*. London: Palgrave Macmillan.
- Galtung, J. (1990). "Cultural Violence", *Journal of Peace Research*, 27(3), pp. 291-305.
- Garriga-Zucal, J. (2007). *Masculinidad y Violencia en el Fútbol Argentino*. Madrid: Editorial Alfa.
- Gaffney, C. (2008). *Temples of the Earthbound Gods: Stadiums in the Cultural Landscapes of Rio de Janeiro and Buenos Aires*. Estados Unidos: University of Texas Press.
- Globo Esporte. (2022). "Batalla campal en el fútbol brasileño". *Globo Esporte*, abril 2022.
- Guerrero, E. (2020). *Las identidades en la Resistencia Albiazul*. En Corral, G. (2020). *La Aventura de Comunicar*. México: UAQ.
- Magazine, R.; Martínez, S. & Varela, S. (2012). *Afición futbolística y rivalidades en el México contemporáneo: una mirada nacional*. México: Universidad Iberoamericana.
- Martínez, D. (2020). *Configuración del fan en el fútbol de Querétaro*. En Corral, G. (2020) *La Aventura de Comunicar*. México: UAQ.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolitics*. Dirham: Duke University Press.
- Spaaij, R. (2006). *Understanding Football Hooliganism: A Comparison of Six Western European Countries*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. España: Melusina.